

Crepúsculo de los ídolos, El Anticristo, y Ecce Homo.

Escuela Zaratustra II



Comentarios a las vidas y obras de Simón Bolívar y Friedrich Nietzsche.

**Sesión 13. Conferencia elaborada por Frank David Bedoya Muñoz.
Presentada en la Casa Museo Otraparte en Envigado el 8 de marzo de 2008.**

* *
*

Asistimos a los comentarios de las últimas obras de Nietzsche, en el misterioso año de 1888, misterioso porque éste sería el último año de su vida lúcida, más aún, por la celeridad de Nietzsche, que de un momento a otro, cambió y aceleró sus planes y creó sus nuevos libros en un tiempo increíblemente corto, en tan sólo un año. Lo misterioso es que pareciera que el afán proviniera de una premonición, el presentimiento de que pronto llegaría en forma definitiva la euforia total del silencio.

Crepúsculo de los ídolos

Nos cuenta Andrés Sánchez Pascual que en el verano de 1887, “Nietzsche tomó la decisión de «no imprimir ninguna cosa más durante seis años». Pensaba dedicarse a elaborar su obra *La voluntad de poder*, a dar, por fin, una exposición detallada de su filosofía.”¹ Aunque apenas tiene 43 años sus dolencias físicas lo hacen parecer más a un anciano de 70, y aún

¹ Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, 1998, p. 7.

así, escribe frenéticamente en medio de su soledad, y continúa trazando planes para su gran obra *La voluntad de poder*. Pero vendrá lo enigmático, Nietzsche cambia sus planes de escribir una gran obra, explanada en detalles y con una vasta elaboración argumental, y comienza una lucha desenfrenada contra el tiempo, ¿presentía Nietzsche que en menos de un año perdería completa y definitivamente la racionalidad?, ¿puede acaso un hombre antes de sumergirse en la misteriosa locura saber, qué es lo que le va a pasar? Las respuestas a estas dos preguntas, obviamente son negativas, pero entonces ¿qué llevó a Nietzsche a acelerar de esa forma sus proyectos de escritura? Eso no soy capaz de contestarlo yo. Lo que sí podemos afirmar, es que Nietzsche nunca escribió un libro llamado *La Voluntad de poder*, lo que editaron luego con este hombre fue una atrevida colección de escritos de Nietzsche, que él simplemente dejó en muchos papeles dispersos y que no obedecían a una voluntad del autor de publicar tales textos en ese estado. Finalmente la decisión de Nietzsche en agosto de 1888 fue publicar el libro el *Crepúsculo de los ídolos*.

Miremos algunos apartes de la presentación que de este libro hace Andrés Sánchez Pascual sobre el contenido de la obra:

“Un primer apartado nos ofrece cuarenta y cuatro breves aforismos, que cuentan entre los más brillantes e ingeniosos de toda la obra Nietzscheana. [...] El segundo apartado es una monografía acerca de Sócrates. [...] El apartado tercero, «La “razón” en la filosofía», es, sin duda, central en esta obra desde el punto de vista de la «metafísica de Nietzsche». [...] En el cuarto, nos ofrece en poco más de una página, al hilo de esa cuestión, una sorprendente historia de la filosofía, que partiendo de las brumas nocturnas y pasando por el amanecer y por la mañana, culmina con el «medio día» de Zaratustra: en el instante de la sombra más corta. [...] Un ataque frontal a la «moral», en todas sus formas, desde el Nuevo Testamento hasta Schopenhauer, es el contenido del quinto apartado de esta obra. [...] El apartado sexto, dedicado a poner de manifiesto «Los cuatro grandes errores», se halla en íntima conexión con el tercero y equivale a una aplicación práctica de la «razón» en la filosofía. [...] El apartado séptimo, dedicado a aquellos que ven su misión en «mejorar» a la humanidad, constituye una ejemplificación concreta de lo que significa la moral como contranaturaleza. [...] «Lo que los alemanes están perdiendo» (apartado octavo) es la sección más melancólica de todo el libro. [...] El apartado titulado «Incursiones de un intempestivo», que es el penúltimo [...] es un verdadero ajuste de cuentas, realizado con la más inocente de las

sonrisas. Encontramos aquí al Nietzsche irónico, travieso, malévolo, en suma, al Nietzsche sarcástico. [...] El apartado final es un fragmento autobiográfico, que preludia al *Ecce Homo*. Nietzsche hace la historia de sus estudios. ofrece una enumeración de sus modelos, ataca a Platón y pone en la picota a los filólogos clásicos. [...] Si desde el punto de vista del contenido este libro aborda la totalidad de los problemas estudiados por Nietzsche a lo largo de sus incursiones por los campos del pensamiento, también desde el punto de vista de la forma es un muestrario completo de los «estilos» en que llegó a ser maestro.”²

Pero miremos algo de lo que dijo el propio Nietzsche de este escrito:

“Este escrito, que no llega siquiera a las ciento cincuenta páginas, de tono alegre y fatal, un demon que ríe, obra de tan pocos días que vacilo en decir su número, es la excepción en absoluto entre libros: no hay nada más sustancioso, más independiente, más demoledor, más malvado. Si alguien quiere formarse brevemente una idea de cómo, antes de mí, todo se hallaba cabeza abajo, empiece por este escrito. Lo que en el título se denomina ídolo es sencillamente lo que hasta ahora fue llamado verdad. *Crepúsculo de los ídolos*, dicho claramente: la vieja verdad se acerca a su final. No existe ninguna realidad, ninguna «idealidad» que no sea tocada en este escrito (tocada: ¡qué eufemismo tan circunspecto!...). No sólo los ídolos eternos, también los más recientes, en consecuencia los más seniles. Las «ideas modernas», por ejemplo. Un gran viento sopla entre los árboles y por todas partes caen al suelo frutos, verdades. Hay en ello el derroche propio de un otoño demasiado rico: se tropieza con verdades, incluso se aplasta alguna de ellas con los pies; hay demasiadas... Pero lo que se acaba por coger en las manos no es ya nada problemático, son decisiones.”³

Ahora veamos una pequeña muestra del *Crepúsculo de los ídolos*:

“¿Cuál puede ser *nuestra* única doctrina? - que al ser humano nadie le *da* sus propiedades, ni Dios, ni la sociedad, ni sus padres y antepasados, ni *él mismo* (el - sinsentido de esta noción que aquí acabamos de rechazar ha sido enseñado como «libertad inteligible» por Kant, acaso ya también por Platón). *Nadie* es responsable de existir, de estar hecho de este o de aquel modo, de encontrarse en estas circunstancias, en este ambiente. La fatalidad de su ser no puede ser desligada de la fatalidad de todo lo que fue y será. El *no* es la

² *Ibíd.*, p.22.

³ Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, Alianza Editorial, 1998, p. 123

consecuencia de intención propia, de una voluntad, de una finalidad; con él *no* se hace el ensayo de alcanzar un «ideal de hombre» o un «ideal de felicidad» o un «ideal de moralidad», - es absurdo querer *echar a rodar* su ser hacia una finalidad cualquiera. *Nosotros* hemos inventado el concepto «finalidad»: en la realidad *falta* la finalidad... Se es, necesario, se es un fragmento de fatalidad; se forma parte del todo, se es en el todo, - no hay nada que pueda juzgar, medir, comparar, condenar nuestro ser, pues esto significaría juzgar, medir, comparar, condenar el todo... *¡Pero no hay nada fuera del todo!* - Que no se haga ya responsable a nadie, que no sea lícito atribuir el modo de ser a una *causa prima*; que el mundo no sea una unidad ni como *sensorium* ni como «espíritu», sólo esto es *la gran liberación*, - sólo con esto queda restablecida otra vez la *inocencia* del devenir... El concepto “Dios” ha sido hasta ahora la *gran objeción* contra la existencia... Nosotros negamos a Dios, la responsabilidad en Dios, y sólo *así* redimimos al mundo. [...] ¿Qué es la libertad? Tener voluntad de autorresponsabilidad. Mantener la distancia que nos separa. Volverse más indiferente a la fatiga, a la dureza, a la privación, incluso a la vida. Estar dispuesto a sacrificar a la causa propia hombres, incluido uno mismo. La libertad significa que los instintos viriles, los instintos que disfrutaban con la guerra y la victoria, dominen otros instintos, por ejemplo a los de la «felicidad». El hombre *ha llegado a ser libre*, y, mucho más, el *espíritu* que ha llegado a ser libre, pisotea la despreciable especie de bienestar con que sueñan los tenderos, los cristianos, las vacas, las mujeres, los ingleses y demás demócratas.”⁴

El Anticristo

Vuelvo a dar la palabra a Andrés Sánchez Pascual: “Esta obra, en efecto piedra de escándalo para toda aquel que haya buscado perderse por los laberintos del pensamiento de Nietzsche, pero sin atreverse a llegar nunca hasta el rincón último donde tiene su morada el Minotauro; esta obra, arma de combate de católicos contra protestantes, de protestantes contra católicos, de creyentes contra ateos, de ateos contra creyentes, de todos contra Nietzsche; esta obra maldecida, calumniada injuriada, exaltada, aplaudida, desconocida, es la conclusión más coherente, la conclusión necesaria, de todo su camino mental. Si el pensamiento de Nietzsche no lleva a *El Anticristo*, no lleva a ninguna parte.”⁵

⁴ Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza Editorial, 1998, p. 75 y 121.

⁵ Friedrich Nietzsche, *El Anticristo*, Alianza Editorial, 2000, p. 7.

Nietzsche comienza a escribir ésta, su obra cumbre, en septiembre de 1888. Ya para ese entonces había renunciado a escribir *La voluntad de poder*, ahora lo que hacía, era elaborar el primer libro de su *Transvaloración de todos los valores*. Cuando lo hubo terminado, comprendió que éste no era el primer libro de cuatro que había proyectado para tal *Transvaloración*, comprendió que lo que había escrito era ya una totalidad, *El Anticristo* era ya completo la *Transvaloración de todos los valores* que él estaba esperando, y esta *Transvaloración* era en definitiva *La maldición sobre el cristianismo*, frase última que Nietzsche dejó como subtítulo de tan controvertido libro.

Giorgio Colli nos explica tal asunto: “¿Por qué, poco después de haber escrito *El Anticristo*, Nietzsche considera que ha cumplido ya la muy anhelada «*Transvaloración de todos los valores*»? Quizás porque en este breve momento -antes de que la desatinada voluntad de realizar lo inactual lo llevase al delirio de la locura- le parece verdaderamente haber encontrado la expresión decisiva, cuyo impacto sobre las conciencias somnolientas pudiese desencadenar el gran incendio, traducir a la realidad concreta el pensamiento del más solitario. No se equivocaba del todo, porque la agitación provocada por este libro se propaga todavía hasta hoy. [...] Cristianismo involucra así moral, metafísica, justicia, igualdad de los hombres, democracia, resume en sí los valores del mundo moderno. La destrucción del cristianismo, por esa razón, es verdaderamente según Nietzsche una transvaloración de «todos» los valores.”⁶

Quiero confesar que en este punto me siento traicionando esta obra si no la cito por completo, porque es un todo, una elaboración rotunda, no se le puede maltratar, despedazar y leer por fragmentos. Sin embargo, por tiempo, no es este el lugar para leer aquí todo *El Anticristo*, entonces me limito a exhortarlos para que lo lean en profundidad. Valga también otra invitación para reunirnos en algún momento a leer completo *El Anticristo* en voz alta, que deleite sería para mí realizar esto. Por ahora, conformémonos hoy con conocer la conclusión y sentencia final de Nietzsche en este libro:

“Yo *condeno* al cristianismo, yo levanto contra la Iglesia cristiana la más terrible de todas las

⁶ Giorgio Colli, *Introducción a Nietzsche*, Pre-Textos, 2000, p. 220.

acusaciones que jamás acusador alguno ha tenido en su boca. Ella es para mí la más terrible de todas las corrupciones imaginables, ella ha querido la última de las corrupciones posibles. Nada ha dejado la Iglesia cristiana de tocar con su corrupción, de todo valor ha hecho un no valor, de toda verdad, una mentira, de toda honestidad, una bajeza de alma. ¡Que alguien se atreva todavía a hablarme de sus bendiciones «humanitarias»! El *suprimir* cualquier calamidad iba en contra de su utilidad más profunda, -ella ha vivido de calamidades, ella ha *creado* calamidades, con el fin de eternizarse *a sí misma*... El gusano del pecado, por ejemplo: ¡La iglesia es la que ha enriquecido a la humanidad con esa calamidad! - La «igualdad de las almas ante Dios», esa falsedad, ese *pretexto*, para los rencores de todos los que tienen sentimientos viles, ese explosivo de concepto, que ha acabado convirtiéndose en revolución, idea moderna y principio de decadencia del orden social entero - es dinamita cristiana... ¡Bendiciones «humanitarias» del cristianismo! ¡Extraer de la *humanitas* una autocontradicción, un arte de la autodeshonra, una voluntad de mentira a cualquier precio, una repugnancia, un desprecio de todos los instintos buenos y honestos! - ¡Ésas serían para mí las bendiciones del cristianismo! - El parasitismo como *única* práctica de la Iglesia; con su ideal de clorosis, con su ideal de santidad, beber hasta el final toda sangre, todo amor, toda esperanza de vida; el más allá, como negación de toda realidad; la cruz como signo de reconocimiento para la más subterránea conjura habida hasta nunca, - contra la salud, la belleza, la buena constitución, la valentía, el espíritu, la *bondad del alma, contra la vida misma*... Esta eterna acusación contra el cristianismo voy a escribirla en todas las paredes, -allí donde haya paredes, -tengo letras que harán ver incluso a los ciegos... Yo llamo al cristianismo la *única* gran maldición, la *única* grande intimísima corrupción, el *único* gran instinto de venganza, para el cual ningún medio es bastante venenoso, sigiloso, subterráneo, *pequeño*, - yo lo llamo la *única* inmortal mancha deshonrosa de la humanidad... ¡Y se cuenta el *tiempo* desde el día nefasto en que empezó esa fatalidad, - desde el *primer* día del cristianismo! - ¿*Por qué no, mejor, desde su último día?* - ¿*Desde hoy?* - ¡*Transvaloración de todos los valores!*...»⁷

Ecce Homo

Innumerables veces he citado en este ciclo de la Escuela Zaratustra II, el texto *Ecce Homo*,

⁷ Friedrich Nietzsche, *El Anticristo*, Alianza Editorial, 2000, p. 121.

dado que Nietzsche, en este libro biográfico realizó un espléndido balance y análisis de cada una de sus obras. En la introducción que hace para la traducción castellana de esta obra Andrés Sánchez Pascual, leemos lo siguiente: “Este escrito de Nietzsche, la más original introducción a su vida y obra que pudiera pensarse, ha sido y continuará siendo un libro desconcertante e incluso enigmático. Para unos representa la cumbre más alta de la autobiografía. [...] Para otros, en cambio, este escrito es también una cumbre; pero una cumbre de petulancia, algo que no puede leerse sin sentir repugnancia a cada frase, cada palabra.”⁸ Los invito a que juzguen ustedes mismos. Ya saben mi opinión.

Un día dije, o escribí, ya no lo recuerdo... que el verdadero y único autorizado para hablar de Nietzsche, era el mismo Nietzsche, por eso sobre el *Ecce Homo*, sólo tiene la palabra él. Escuchen algunos fragmentos y, repito, juzguen ustedes mismos.

“Como preveo que dentro de poco tendré que dirigirme a la humanidad presentándole la más grave exigencia que jamás se le ha hecho, me parece indispensable decir quién soy yo. [...] Yo soy un discípulo del filósofo Dioniso, preferiría ser un sátiro antes que un santo. Pero léase este escrito. Tal vez haya conseguido expresar esa antítesis de un modo jovial y afable, tal vez no tenga este escrito otro sentido que ése. La última cosa que yo pretendería sería «mejorar» a la humanidad. Yo no establezco ídolos nuevos, los viejos van a aprender lo que significa tener pies de barro. Derribar ídolos («ídolos» es mi palabra para decir «ideales»), eso sí forma ya parte de mi oficio. [...] El ateísmo yo no lo conozco en absoluto como un resultado, aun menos como un acontecimiento: en mí se da por supuesto, instintivamente. Soy demasiado curioso, demasiado problemático, demasiado altanero para que me agrade una respuesta burda. Dios es una respuesta burda, una indelicadeza contra nosotros los pensadores. [...] Por qué soy yo un destino. Conozco mi suerte. Alguna vez irá unido a mi nombre el recuerdo de algo monstruoso, de una crisis como jamás la hubo antes en la Tierra, de la más profunda colisión de conciencias, de una decisión tomada, mediante un conjuro, contra todo lo que hasta este momento se ha creído, exigido, santificado. Yo no soy un hombre, soy dinamita. Y a pesar de todo esto, nada hay en mí de fundador de una religión; las religiones son asuntos de la plebe, yo siento la necesidad de lavarme las manos después de haber estado en contacto con personas religiosas. No quiero «creyentes», pienso que soy

⁸ Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, Alianza Editorial, 2002, p. 7.

demasiado maligno para creer en mí mismo, no hablo jamás a las masas. Tengo un miedo espantoso de que algún día se me declare santo; se adivinará la razón por la que yo publico este libro antes, tiende a evitar que se cometan abusos conmigo. No quiero ser un santo, antes prefiero ser un bufón. Quizá sea yo un bufón. [...] ¿Se me ha entendido? No he dicho aquí ni una palabra que no hubiese dicho hace ya cinco años por boca de Zaratustra. El descubrimiento de la moral cristiana es un acontecimiento que no tiene igual, una verdadera catástrofe. Quien hace luz sobre ella es una *force majeure* [fuerza mayor], un destino, divide en dos partes la historia de la humanidad. Se vive antes de él, se vive después de él. El rayo de la verdad cayó precisamente sobre lo que más alto se encontraba hasta ahora: quien entiende qué es lo que aquí ha sido aniquilado examine si todavía le queda algo en las manos. Todo lo que hasta ahora se llamó «verdad» ha sido reconocido como la forma más nociva, más pérfida, más subterránea de la mentira; el sagrado pretexto de «mejorar» a la humanidad, reconocido como el ardid para chupar la sangre a la vida misma, para volverla anémica. Moral como vampirismo. Quien descubre la moral ha descubierto también el no-valor de todos los valores en que se cree o se ha creído; no ve ya algo venerable en los tipos de hombre más venerados e incluso proclamados santos, ve en ellos la más fatal especie de engendros, fatales porque han fascinado. ¡El concepto «Dios», inventado como concepto antitético de la vida en ese concepto, concentrado en horrorosa unidad todo lo nocivo, envenenador, difamador, la entera hostilidad a muerte contra la vida! ¡El concepto «más allá», «mundo verdadero», inventado para desvalorizar el único mundo que existe para no dejar a nuestra realidad terrenal ninguna meta, ninguna razón, ninguna tarea! ¡El concepto «alma», «espíritu», y por fin incluso «alma inmortal», inventado para despreciar el cuerpo, para hacerlo enfermar –hacerlo «santo»–, para contraponer una ligereza horripilante a todas las cosas que merecen seriedad en la vida, a las cuestiones de alimentación, vivienda, dieta espiritual, tratamiento de los enfermos, limpieza, clima! ¡En lugar de la salud, la «salvación del alma» es decir, una *folie circulaire* [locura circular] entre convulsiones de penitencia e histerias de redención! ¡El concepto «pecado», inventado, juntamente con el correspondiente instrumento de tortura, el concepto «voluntad libre», para extraviar los instintos, para convertir en una segunda naturaleza la desconfianza frente a ellos! ¡En el concepto de «desinteresado», de «negador de sí mismo», el auténtico indicio de *décadence*, el quedar seducido por lo nocivo, el ser incapaz ya de encontrar el propio provecho, la destrucción de sí mismo, convertidos en el signo del valor en cuanto tal, en el «deber», en la «santidad», en lo «divino» del hombre! Finalmente –es lo más horrible– en el concepto de hombre bueno, la

defensa de todo lo débil, enfermo, mal constituido, sufriente a causa de sí mismo, de todo aquello que debe perecer, invertida la ley de la selección, convertida en un ideal la contradicción del hombre orgulloso y bien constituido, del que dice sí, del que está seguro del futuro, del que garantiza el futuro hombre que ahora es llamado el malvado. ¡Y todo esto fue creído como moral! - *Écrasez Pinfáme!* [Aplastada la infame]. ¿Se me ha comprendido? - *Dioniso contra el Crucificado.*"⁹

Nietzsche escribió el *Ecce Homo* entre octubre y noviembre de 1888. En enero de 1889 salió de su casa por un momento, al ver que un hombre maltrataba mucho a un caballo, se fue hasta el animal y lo abrazó fuertemente para protegerlo, y desde ese momento perdió por completo la conciencia y quedó sumergido en la locura, mejor dicho en la euforia y el silencio de un hombre que no volvería a razonar.

⁹ Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, Alianza Editorial, 2002.